

LA PREGUNTA, ¿INFORMA? ¿COMUNICA?

Eje temático: Estudios Culturales

Título de la ponencia: **“La pregunta, ¿informa? ¿Comunica?”**

Expositora: **Prof. Elena Teresa José**

Correo: lilajose@fibertel.com.ar

Cargo e institución de procedencia: Docente Adjunta de las Cátedras de Lógica, Metodología de la Investigación Filosófica y de Seminario de Tesis del Departamento de Filosofía en la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad Católica de Salta, UCASAL.

Profesora Emérita de la UNSa. Categorizada en I (uno) en el Programa de Incentivos de la Secretaría de Políticas Universitarias.

Fue Decana de la Facultad de Humanidades, Secretaria Académica, Directora de Posgrado, Directora de la Carrera de Filosofía de la UNSa.

RESUMEN: El abordaje del trabajo es netamente filosófico y versa sobre los siguientes puntos: 1) ¿qué es una pregunta? 2) ¿qué tipo de preguntas hay? 3) ¿cómo podemos clasificar a las preguntas? 4) ¿hay preguntas específicamente filosóficas? 5) ¿cuál es la etimología de preguntar y correlativamente de responder?

LA PREGUNTA, ¿INFORMA? ¿COMUNICA?

*No se nos educa para que aprendamos a preguntar,
se nos educa para que aprendamos a responder.
Santiago Kovadloff*

Como se sabe, los filósofos y las filósofas somos preguntones por oficio, entonces qué mejor titular esta ponencia sobre la pregunta con una pregunta.

Además estas Jornadas versan sobre “Comunicación Social” y sobre “Investigación”, temas íntimamente relacionados con el lenguaje. Toda investigación conlleva una problemática que empieza generalmente con una pregunta cuya formulación es deseable que esté bien planteada.

Se dice que en Filosofía es más importante la pregunta que la respuesta y al parecer no sólo en Filosofía, ya que si un trabajo de investigación sobre cualquier tema, además de la fundamentación de la hipótesis o idea que se sostiene abre otros interrogantes, da lugar a otras indagaciones, hace progresar el corpus científico.

I. ¿Qué es una pregunta?

Una pregunta es un tipo de cuestión que, por lo general, si es escrita se la consigna entre signos de interrogación; si es oral, va acompañada de un tono que se acentúa hacia el final de la oración y si es gestual generalmente y, por lo menos en nuestra cultura, va acompañada con el movimiento de la mano derecha con los dedos cerrados hacia arriba y una expresión facial de ojos abiertos y boca cerrada como diciendo: “¿y esto?” o “¿de qué se trata?”.

Desde el punto de vista de la lógica estándar, la pregunta no constituye una oración proposicional, ya que no afirma ni niega, por lo que no puede ser clasificable en verdadera o falsa.

Desde el punto de vista lógico, recordemos también la falacia de la pregunta compleja. El clásico ejemplo “¿ya le ha dejado Ud. de pegar a su mujer?”, encierra el implícito de que le pega o le pegaba.

Desde el punto de vista lingüístico hay que tener en cuenta que al hablar de preguntas emitimos preferencias lingüísticas o actos de habla, y que el valor ilocucionario o intencional de dichos actos presentan el problema de su extrema variabilidad contextual.

Desde el punto de vista pragmático la pregunta cobra sentido de acuerdo al contexto en el que se realice. Por ejemplo, no tiene el mismo significado preguntar “¿Quién es el hombre?” para un grupo de personas que quieren averiguar el nombre de alguien que ha ingresado en una confitería, que para un grupo de filósofos que discuten cuestiones antropológicas en un ámbito académico, por ejemplo.

Advierte Gutiérrez Ordóñez que es un error común confundir “interrogación” con “pregunta” y distingue a las mismas del siguiente modo:

-La **interrogación** es una modalidad de los enunciados lingüísticos (que se opone a la aserción y a la exclamación), cuya propiedad es la de dejar una variable abierta.

-Una **pregunta** es una petición de información que emplea un enunciado interrogativo. La pregunta es un acto de habla; la interrogación, no (Gutiérrez Ordóñez, 1997: 17).

De este modo, la modalidad lingüística interrogativa puede ser utilizada por el hablante para realizar distintos tipos de actos de habla. Por ejemplo: “¿Cuánto dinero cuesta esta silla?” (pregunta); “¿Me puede dar la hora?”(petición); “¿Puede salir de aquí?”(orden); “¿Quieres venir conmigo al cine?”(invitación).

Uno de los usos pragmáticos de esta modalidad son las interrogaciones retóricas, donde el valor de sentido que adquieren éstas, es el de una afirmación de orientación contraria. Por ejemplo, “¿Qué necesidad tienes de trabajar tanto?”, significa “No tienes necesidad de trabajar tanto”. O también existe el caso en el que la interrogación sufre una interpretación inversa: “¿Quién podrá demostrar su culpabilidad?”, significa “Nadie podrá demostrar su culpabilidad” o “¿Dónde hallaría otro marido como yo?”, en lugar de “En ningún lugar hallaría un marido como yo”.

Nos recuerda Gutiérrez Ordóñez (1996) que Frege advirtió que la afirmación “Kepler murió en la miseria” incluye otra proposición “Kepler murió”, que se mantiene invariante tanto en la forma afirmativa, negativa e interrogativa:

Kepler murió en la miseria, entonces Kepler murió.

Kepler no murió en la miseria, entonces Kepler murió.

¿Murió Kepler en la miseria?, entonces Kepler murió.

Tanto en la forma afirmativa, negativa e interrogativa se presupone que Kepler murió en miseria.

De tal modo se advierte que en la lógica de las presuposiciones, inclusive en la modalidad de la interrogación, la veracidad de la presuposición es condición previa de la condición de veracidad del enunciado. Ejemplo: la conocida expresión “El actual rey de Francia es calvo” podrá ser verdadera o falsa si en Francia existe en estos momentos un rey.

Gutiérrez Ordóñez (1996) cita a Ducrot, quien distingue dos dimensiones dentro del mundo de lo implícito: los presupuestos y los sobrentendidos. Comparemos estos enunciados:

(1) María continúa fumando.

(2) Si Juan viene, Pedro se irá.

De los cuales obtenemos las siguientes informaciones implícitas:

(1') María fumaba antes.

(2') Si Juan no viene, Pedro no se irá.

Ducrot sostiene que poseen distinta naturaleza y tienen distintas propiedades: la información implícita de (1') sería un presupuesto, mientras que la de (2') es un sobrentendido. Así los presupuestos siguen siendo afirmados en la negación y en la interrogación, mientras que los sobrentendidos, no. Ejemplos:

María no continúa fumando, entonces María fumaba.

¿Continúa fumando María?, entonces María fumaba.

¿Si Juan viene, Pedro se irá?, entonces si Juan no viene, Pedro se quedará.

Los presupuestos son responsabilidad del emisor. Si yo dijera “Juan ha dejado de robar” o incluso en la forma interrogativa “¿Ha dejado Juan de robar?” podría ser objeto de denuncia y condena. Por el contrario, los sobrentendidos son responsabilidad del destinatario. Por ejemplo, si expresara “A Juan no le disgusta el ‘jugo de uva’”, posiblemente muchos entenderían que a Juan le gusta beber vino. Sin embargo no es plausible que un juez nos procesara si Juan quisiera denunciarnos.

Finalmente con respecto a este tema vemos que a la interpretación de los presupuestos se llega a través del código de la lengua. Por el contrario, obtenemos los sobrentendidos por medio de un proceso de inferencia (que realiza el receptor).

Los presupuestos pertenecen al ámbito de lo que el emisor presenta como supuesto-conocido-consabido y que no es objeto de atención especial por parte del destinatario. Gutiérrez Ordóñez nos cuenta un ejercicio que realizó a menudo a sus estudiantes:

“¿Cuántos animales metió Moisés en el Arca según su especie?” La respuesta era casi unánime: “Dos, una pareja”. Cuando los participantes advertían que fue Noé y no Moisés el protagonista, se sentían confundidos. Este autor explica el error desde dos perspectivas: una razón pragmática y otra psicolingüística. Las presuposiciones no son información nueva y las presuposiciones se presentan como fondo, no como figura.

II. ¿Qué tipo de preguntas hay?

Hay preguntas y preguntas, de toda suerte, de toda laya.

La respuesta a esta pregunta será ostensiva, ejemplificativa.

¿Cómo se cotiza hoy el dólar? ¿Cuál es la composición química del agua? ¿Dónde están mis zapatos? ¿A qué edad escribió Descartes “El discurso del método”? ¿Cuál es el origen de las especies? ¿Cuánto es “5 + 3”? ¿Por qué “5+3=8”? ¿Qué afirma el “nominalismo”? ¿por qué adhiero al nominalismo? ¿cómo fundamento mi postura nominalista”? ¿Qué es el amor? ¿Qué significa la palabra “amor”? ¿Se definen palabras o cosas? ¿La pregunta por la cosa es la misma que la pregunta por el significado? ¿Cómo haces para ganar tanto dinero? ¿Cuál es el origen del mundo? ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer para que la receta del budín me salga bien? ¿Qué es la eutanasia? ¿Qué significa la palabra “eutanasia”? ¿Está permitida la eutanasia en la Argentina? ¿Debería estar permitida la eutanasia? ¿Es verdad que en Filosofía son más importantes las preguntas que las respuestas? Y así podríamos seguir casi indefinidamente.

III. ¿Cómo podemos clasificar a las preguntas?

Clasificar los tipos de preguntas también sería una tarea difícil, que depende del criterio que tomemos para hacerlo. Cualquiera que sea la clasificación, ésta será convencional y arbitraria.

Si las clasificaciones son arbitrarias o responden a la realidad, a la esencia de las cosas es un arduo e irresoluble problema de la Filosofía.

Recordemos la clasificación que [Jorge Luís Borges](#) cuando propuso una clasificación de los animales. Cita una supuesta enciclopedia china titulada *Emporio celestial de conocimientos benévolos*:

En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas (Borges, 1974: 708).

Así también podríamos clasificar a las preguntas desde muy distintos puntos de vista:

Hay preguntas abiertas y cerradas; simples y complejas; corrientes, científicas y filosóficas; bien o mal formuladas; razonables o absurdas; por la cosa o por el significado, literales o metafóricas; interesantes u obvias; inteligentes o tontas; claras u oscuras; directas o indirectas, preguntas informativas o de memoria o preguntas reflexivas o de raciocinio; preguntas especificativas, de observación cuantitativa, modal, temporal, espacial. Tales preguntas acostumbra iniciarse con: ¿cuál? ¿Quién? ¿Hasta qué punto? ¿Hasta dónde? ¿Cómo? ¿De qué modo? ¿Cuándo? ¿Durante cuánto tiempo?

¿dónde?; preguntas comparativas, que solicitan semejanzas entre dos o más hechos por sus parecidos o diferencias; preguntas inductivas, que reclaman procesos reflexivos de inducción; preguntas deductivas, que exigen procesos reflexivos de deducción; preguntas disyuntivas, que piden una decisión frente a determinadas alternativas; preguntas selectivas, que solicitan un escogimiento o selección entre diversos elementos presentados o posibles; preguntas valorizadoras, que requieren la atribución del valor relativo a un elemento dado en su conjunto; preguntas ejemplificativas, que exigen un ejemplo apropiado para el caso; preguntas explicativas, que solicitan al interlocutor una explicación del asunto, reveladoras del conocimiento que sobre él poseen; preguntas de relacionamiento, que requieren trazar las relaciones existentes entre dos o más elementos; preguntas hipotéticas, por las cuales, proporcionando una base conjetural, se espera una respuesta que revele el desenvolvimiento de un razonamiento condicional y así podríamos seguir enumerando también casi indefinidamente.

Splitter, Lawrence J. y Sharp Ann M. (1996: 76) clasifican a las preguntas en: corrientes, de indagación y retóricas, entendiendo por retóricas, aquellas cuya respuesta se conoce. O sea que habría dos concepciones acerca de la pregunta retórica: a) aquella que no espera contestación porque en realidad encierra una afirmación y b) aquella cuya respuesta ya es conocida por quien pregunta, como son las preguntas que hacen los docentes para verificar y evaluar a los estudiantes. Las preguntas corrientes, en general requieren información como: ¿Me puede decir dónde hay un restaurante económico cerca? Estas preguntas abarcan la gran mayoría de las que realizamos en la vida cotidiana. Para las autoras –enmarcadas en la Filosofía de M. Lipman- las preguntas de indagación son genuinas, en el sentido de que quien pregunta está buscando algo que no posee. Pero, a diferencia de las preguntas corrientes, no se figura que quien pregunta supone que la persona interrogada conoce la respuesta, como así tampoco la respuesta señala el cierre sino el comienzo de una indagación continua. En este último rasgo reconocemos a la pregunta filosófica.

Walter Kohan (2004: 117) observa que Lipman, basado en el paradigma de Dewey, reconoce la importancia del preguntar como aquello que abre la puerta para el diálogo, la autocrítica y la autocorrección. Sin embargo, Kohan los critica diciendo que este preguntar se inscribe en la metodología de “resolver problemas”, por lo que esta indagación lleva a que una situación problematizada deje de ser tal, puesto que bajo esta máscara investigativa se obturan los modos y sentidos transformadores de la filosofía.

Para Kohan:

La intensidad del problematizar filosófico está ligada al propio páthos que lo impulsa. En efecto, el preguntar filosófico se alimenta de una insatisfacción inspirada, sobre todo, en dos fuentes: en un estado de cosas que, no importa como es, exige ser problematizado por su carácter de estado, de instituido, de establecido, y en la propia lógica del pensar que, cuando es filosófico, no se calma ante la incesante búsqueda de sentido que los problemas impulsan. La filosofía no unifica, no totaliza, no sistematiza. (Kohan, 2004: 117).

Y en este sentido, el autor citado, es coherente con la manera en que desarrolla su actividad filosófica como experiencia única e irreplicable y no como transmisión de verdades, ni aún provisionarias, como lo hace la ciencia.

IV. ¿Hay preguntas específicamente filosóficas?

¿Cómo podemos caracterizarlas?; ¿lo propiamente “filosófico”, radica en la formulación lingüística, en la actitud, en el sentido o en el contexto?; ¿qué características debería reunir una “pregunta” para ser considerada filosófica?; ¿cualquier pregunta puede ser calificada de filosófica?; ¿existe alguna analogía entre las preguntas filosóficas y las preguntas científicas?; ¿hay tópicos propios de las preguntas filosóficas y de preguntas científicas?; ¿se formulan preguntas filosóficas en contextos no filosóficos, como por ejemplo, el literario y cuál es su sentido?; ¿Hasta qué punto puede el contexto hacer que una pregunta cualquiera, se vuelva filosófica? ¿Una pregunta filosófica podría convertirse en no filosófica en algunas circunstancias? Y así podríamos seguir.

Si nos preguntásemos si hay tópicos especiales que conciernen a la pregunta filosófica, podemos encontrar en general dos posturas.

Una, sostiene que es propio de la pregunta filosófica que sea general y radical, que busque respuestas a exigencias profundas del espíritu humano, temas que atañen al fondo de nuestra condición humana.

La Historia de la Filosofía nos muestra diversas preguntas clásicas de este tipo como las kantianas ¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar?; la pregunta existencial heideggeriana ¿por qué es en general el ente y no más bien la nada? que es según él la más extensa, la más profunda y la más originaria o la célebre pregunta que Menón le formula a Sócrates ¿la virtud es enseñable, o se adquiere por naturaleza o por la práctica o de algún otro modo?

Otras posturas sostienen que la pregunta filosófica no tiene que ver con el tema, sino más bien se trata de la relación que establezca quien pregunta (siempre hay alguien que pregunta) con lo preguntado, del movimiento que lo impulsa, de lo que espera como respuesta. (Waksman y Kohan, 2000: 72)

De este modo, la pregunta filosófica exige el compromiso interrogativo de quien la lanza. Por tal motivo, estos autores proponen hablar de un preguntar filosófico en lugar de preguntas filosóficas, porque preguntar implica preguntarse. Esto conlleva dos cuestiones: primero, que no es posible preguntar filosóficamente las preguntas de otro, si antes no las hice mías y, en segundo término, que no es posible preguntar filosóficamente si no me pregunto, si uno no está comprometido existencialmente con la interrogación.

Si bien es verdad que pareciera haber preguntas cuyos temas son típicamente filosóficos, no es menos cierto que toda pregunta puede convertirse en filosófica.

Si alguien –con una pregunta corriente- dice a otro: ¿cuánto tiempo hace que no ves a tu madre? y el otro le contesta ¿a qué tiempo te refieres, al objetivo o al subjetivo? podría ser el disparador para una conversación filosófica acerca del tiempo. Si alguien pregunta cuánto es 1+1 (pregunta retórica y clausurada) y el interrogado contesta: “te diría que 2. Sin embargo si sumo una gota de agua más otra gota de agua me da una más grande”, la actitud es sumamente cuestionadora, filosófica, un juego entre el preguntar y responder que permite repensar generándose un pensamiento dialéctico.

Pero la gran pregunta filosófica ineludible que hacemos los/las filósofos/as es sin duda ¿qué es la Filosofía? Ningún otro tipo de conocimiento tiene tanta preocupación por autodefinirse. Como dice Kohan:

Desde Sócrates, la filosofía no ha parado de preguntarse por sí misma. Su identidad es abierta, cambiante, perspectiva. Todos los filósofos renuevan el rito cada

vez. Preguntan qué es la filosofía o no pueden filosofar. Esta pregunta es fundante, intransferible e insoslayable. Se la hace o no hay filosofía. Así de terminante. De esta forma, todos los filósofos se han tenido que vestir de Sócrates alguna vez, con o sin jueces delante. Algunos, después de hacerse esta pregunta, han pretendido clausurarla, definir su identidad. No han podido. Dieron respuestas significativas, sabrosas, agudas. Pero estos filósofos pasan y la pregunta de la filosofía sobre sí misma se mantiene abierta para quienes la transitan. No hay cómo agotar su campo de sentidos. La filosofía no ha podido dejar de preguntarse por sí misma desde Sócrates. Tal vez sea este uno de los valores significativos de su fundación: perpetuar la filosofía en el reino de la infancia. (Kohan, 2004:192).

Y aquí voy a traer agua para mi molino, diciendo que cualquier investigador que se problematice por su por el status de su disciplina está ya haciendo Filosofía, está incursionando en la Epistemología. Si se pregunta por la corrección de sus acciones está echando mano de la Ética y si se cuestiona por el tipo de existencia del objeto que toma, construye, descubre o delimita, sospecho que está haciendo ontología.

Se dice que detrás de un gran científico hay un filósofo y aquí voy a traer más agua para mi molino. Sería muy auspicioso que el profesional de las comunicaciones tenga alguna formación en Filosofía del Lenguaje.

V. La pregunta, ¿informa? ¿Comunica?

Como la mayoría de las palabras, “informar” y “comunicar” son ambiguas, es decir tienen más de un significado. Esto se puede verificar recurriendo a cualquier diccionario. También en el uso ordinario a veces se las usa como sinónimos.

En el contexto de este trabajo tomaremos la primera acepción tanto de “informar” como de “comunicar” del *Diccionario de la Real Academia Española*.

Informar: *Enterar, dar noticia de algo*. Comunicar: *Hacer a otro partícipe de lo que uno tiene*.

Pareciera que en el informe es menos comprometido, es más objetivo, es un hacer conocer datos, en cambio en la comunicación tiene que haber un puente en el que una se comprometen dos lados o al menos se unen dos orillas. La comunicación es más personal, en la comunicación hay o pretende haber una comunión, una común unión que la realiza justamente el puente.

¿Hay preguntas que informan? Aparentemente las preguntas piden información, pero hay preguntas que informan como por ejemplo cuando escuchamos: ¿Hizo ya colocar la vacuna xx a su hijo menor de 5 años?”. La pregunta está informando que es recomendable la inoculación de la vacuna.

¿La pregunta comunica? Como se ha dicho *hay preguntas y preguntas* y algunas no solo comunican, sino que conmueven.

Dice Gibrán Khalil Gibrán en su obra de 1926 *Arena y espuma*: “*Sólo una vez me quede sin palabras. Fue cuando un hombre me preguntó: ¿Quién eres?*”

Esta es nada más ni nada menos, que la originaria y envolvente pregunta de la Metafísica, ya que interrogarse por la propia existencia, implica hacerlo también por el Ser.

Ninguna respuesta agota a la pregunta existencial. La ciencia, la filosofía, el arte, el sentido común nos brinda aproximaciones fragmentarias. Sólo la sabiduría, usando un

lenguaje metafórico capaz de donar plus de sentidos y significados, irradia luces en el camino que transitamos, buscando develar la incógnita de ser en el Ser. Esa búsqueda es incesante ya que –como dice Gabriel Marcel- la diferencia entre el misterio y el problema es que el problema, en principio, tiene solución. De los problemas se ocupa la ciencia y la filosofía, por medio de la razón. En cambio al misterio lo aborda la sabiduría que usa la razón, pero además la fe y por eso la sabiduría está embebida de religión, entendida ésta como lo indica la etimología de la palabra, re – ligar, es decir ligarse a la trascendencia. Es en esta dimensión –estimo- que la comunicación se aproxima a la comunión.

Por último una pregunta que generalmente se hace al principio de un escrito.

V. ¿Cuál es la etimología de “preguntar” y correlativamente la de “responder”?

Según lo registrado por Kovadloff, acudiendo al diccionario de Corominas:

La expresión latina *percontari*, de la cual proviene nuestro *preguntar*, se vio alterada, en su proceso de cambio hacia la lengua castellana, por el verbo de uso vulgar *praecunctare*, derivado de *cunctari*, que significa dudar o vacilar. La referencia etimológica gana todo su peso si se advierte que *percontari* enfatiza, en el acto de preguntar, la decisión de conocer o de buscar algo que se sabe oculto o disimulado. En cambio, *praecunctare*, subraya la incertidumbre, el tantear a ciegas que se adueña de aquel que pregunta. Y, efectivamente, en el acto de preguntar la realidad reconquista aquel semblante ambiguo, penumbroso, la que respuesta clausura y niega. Después de todo, *respuesta* proviene de *responsio* y *responso* es la oración dedicada a los difuntos, es decir, con criterio más amplio, a lo que ha dejado de vivir. (Kovadloff, 2001:188).

Como comentario a esta disquisición etimológica se podría decir que la pregunta está asociada con la vida y la respuesta con la oración fúnebre, entonces sería interesante que la investigación sea una actividad viva en que la respuesta pueda ser convertida en otra pregunta.

Como en estas Jornadas hay mucho movimiento y el movimiento es vida espero preguntas. Procuraré no dar respuestas cerradas para no cesar el movimiento del pensamiento.

Bibliografía

- Borges, Jorge Luis 1974: «El idioma analítico de John Wilkins», *Otras inquisiciones*, en *Obras completas*, Buenos Aires: Emecé.
- Gibrán Khalil Gibrán (1926) *Arena y espuma*. En *Obras Completas*.
- Gutiérrez Ordóñez, Salvador (1996) *Presentación de la Pragmática*. León: Universidad de León.
- Gutiérrez Ordóñez, Salvador (1997) *Comentario pragmático de textos polifónicos*. Madrid: Arco/Libros.
- Kohan, Walter Omar (2004) *Infancia. Entre educación y filosofía*. Barcelona. Laertes.
- Kovadloff, Santiago (2001). *La nueva ignorancia*. Buenos Aires. Emecé
- Splitter, Laurance y Sharp, Ann (1996) *La otra educación*. Bs.As. Manatíal.

Waksman V. y Kohan W. (2000). *Filosofía con Niños. Aportes para el trabajo en clase.*
Buenos Aires. Novedades Educativas.